

FACULTAD
DE ARQUITECTURA
PLANEAMIENTO Y DISEÑO
UNR

**CENTRO UNIVERSITARIO ROSARIO
DE INVESTIGACIONES
URBANAS Y REGIONALES**

SERVICIO DE PUBLICACIONES
ASOCIACION ARQ. VICTOR J. DELLAROLE
FACULTAD DE ARQUITECTURA
PLANEAMIENTO Y DISEÑO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
HALL CENTRAL – PLANTA BAJA
RIOBAMBA 220 BIS
TE. 4853122
asoarq@fapyd.unr.edu.ar
2000 - ROSARIO

**CUADERNOS DEL
CURDIUR**

Cuaderno nº 4

LA MEMORIA URBANA Y LA CONSTRUCCION DE LA CIUDAD.

Arq. Ana María Rigotti.

Realizado como becaria del CONICET, 1983.

CITE ESTE TRABAJO SI LO USA COMO REFERENCIA

Presentación

Este trabajo sintetiza algunas reflexiones sobre el rol que le cabe a la Historia -como disciplina manipuladora y crítica del valor del tiempo y la memoria- en la elaboración de criterios de intervención en la ciudad. Se justifica que el objeto de esas posibles intervenciones no debe restringirse a la manipulación de edificios o ambientes valorados, sino que debe tener en cuenta sectores urbanos que puedan contener propuestas con cierto margen de indeterminación - en espera de políticas más precisas a nivel global-, donde sea posible la participación comunitaria en un proyecto de fortalecimiento de la identidad física.

Las reflexiones a las que me refiero fueron concretadas en una serie de escritos y ponencias entre los años 1982 y 1984 realizados con el respaldo de una Beca de Iniciación a la Investigación del CONICET y dentro del Centro Universitario Rosario de Investigaciones Urbanas y Regionales, CURDIUR, de la Facultad de Arquitectura de Rosario. Ellos son:

- Consideraciones sobre el rol normativo de la Historia y el Tiempo con el diseño urbano - Ponencia al "Primer Congreso Latinoamericano de Ecología Urbana" - Morón, agosto 1982 - Publicado en DANA Nº 16 - Mayo 1983 -
- Tiempo y Memoria en el diseño urbano - Ponencia al "Primer encuentro Latinoamericano sobre La Ciudad" - La Plata, noviembre 1982 -
- Memorias urbanas para el futuro - Ponencia al "Segundo Congreso de Preservación del Patrimonio Urbano y Arquitectónico" - Paraná, octubre 1984 -

Introducción

La inquietud inicial surgió al verificar que una actitud 'preservacionista' sin criterios manifiestos, se había extendido entre los historiadores de la Arquitectura. No se pretende con esto cuestionar a los especialistas en restauración y a su tarea técnica. Sólo me alarmaba la postura de algunos que dictaminaban sobre el diseño y la planificación de la ciudad, proponiendo la preservación irrestricta del pasado, con el aparente anhelo de retornar a una imaginaria era pretérita de perfecta armonía.

El peligro de caer en una actitud paralizante puede no ser evidente para los diseñadores que se mueven en un incuestionado presente. A menos que la suya sea una postura totalmente instrumental y desprejuiciada históricamente, suponen que la selección de qué y cómo preservar será resuelta por los especialistas: los historiadores; que desde su disciplina construirán una firme escala de valores que guiará sus decisiones.

Pero para un arquitecto historiador el peligro es más tangible y el fetichismo frente a lo antiguo nos amenaza constantemente. Pareciera que el manejo del pasado y del tiempo terminara anclándonos en un ayer comprensible, seguro, mejor, al que hemos aprendido a paladear y del que no queremos salir.

Por otra parte, en recientes reflexiones y advertencias sobre las propuestas de preservación en la planificación urbana fue evidente que -más allá de posibles acuerdos y disidencias espontáneas- subyacían contrapuestas teorías de la Historia, cuya influencia en la definición de las Teorías de Arquitectura resulta obvia.

Una de las funciones básicas de todo intento de actividad científica es su comunicabilidad. De allí que considere indispensable un esfuerzo por explicar las teorías que sostienen y dan sentido a las distintas propuestas sobre la inclusión -o no- del pasado en el presente urbano. El objetivo es develar los presupuestos sobre el tiempo y la memoria ocultos tras los diferentes criterios de preservación, y no que éstos "se encuentren por casualidad debajo de los hechos como los alacranes debajo de las piedras" (de LLORENS, 16)

Parte de la hipótesis que las actitudes 'preservacionistas' pueden ocultar una actitud paralizante y negadora de la realidad, que sus propuestas pueden interpretarse como un intento de eludir los problemas acuciantes del presente, buscando refugio en un pasado conocido y seguro. El resguardo de elementos del ayer permite alentar una visión pesimista que considera al tiempo como un proceso de disolución lamentable, y al cambio como un fraude.

Es fácil comprobar que la resistencia a la pérdida -en nuestro caso del entorno- crece a medida que los cambios se aceleran y aumenta, aún más, en momentos de tensión y desunión. De allí que sea el momento de preguntarnos si -en nuestro esfuerzo por retener la identidad y la continuidad del entorno-, no terminamos luchando por la conservación, por ejemplo, de algunas reliquias del tiempo ido, para terminar ofreciendo a cambio un continuo cultural espasmódico, compuesto por construcciones de las clases altas en momentos prósperos y efímeros. ¿No estaremos reforzando una equivocada visión de la Historia, con picos de logros dudosos separados por zonas extrañamente vacías?. ¿Nuestro esfuerzo por la conservación

de entornos armónicos, no conducirá a la creación de escenografías congeladas que terminen invitando a su propia destrucción?. ¿En base a qué criterios inmovilizamos onerosamente una imagen del pasado que, con el tiempo, puede demostrarse irrelevante o mítica?. ¿Acaso buscamos como modelo una ciudad museo, fuente piadosa de una información aparentemente casual -pero que en realidad, es fruto de una cuidadosa selección- que reconstruye una imagen cultural estable, para que con su aparente coherencia, nos rescate de una realidad convulsa y absurda?.

Es necesario destacar que los propósitos de la preservación pueden resultar más que oscuros. ¿Qué se busca?. "La evidencia de los momentos más significativos, o cualquier expresión de la tradición?. Las cosas deben salvarse ¿por estar relacionadas a algún personaje importante, por ser únicas o por ser típicas?. ¿Por sus cualidades intrínsecas en el presente o por su utilidad como fuente informativa del pasado?. ¿O, simplemente, dejamos que el azar haga su elección y preservamos para el siglo que viene todo lo que logró sobrevivir al siglo pasado?". (LYNCH,35)

El análisis del Raymond Ledrut sobre el rol de los monumentos históricos como receptáculos de la personalidad colectiva de la ciudad, es inquietante. Aparentemente, se los considera sólo como expresión de permanencia, de seguridad, desprovistos de su historicidad y simbolismo y -generalmente- totalmente alejados de la actividad real y cotidiana. La Historia es reducida a Antigüedad "con un sentido mítico -no con la significación antropológica de lo legendario- sino con el significado psicoanalítico de lo ilusorio en función adaptativa". (LEDROUT, a, 38)

La angustia frente al tiempo

Aún las posturas arquitectónicas más diversas pueden interpretarse como un enfrentamiento al Tiempo, y a su doloroso transcurrir. Desde la renovación total que huye del servilismo al pasado (pero incluye la búsqueda de una perfección absoluta y perdurable), hasta restringir la libertad del diseño a la selección y recreación del pasado, pasando por la creencia que las cosas deben durar para siempre y que todo lo que cambia es desdeñable o maléfico.

Para alguien interesado en el presente, el pasado podría llegar a ser irrelevante si un análisis de lo actual lo provee de una base mejor y más concisa, sobre la cual basar su acción. Pero la memoria -selectiva y organizativa- resulta indispensable para evitar la fragmentación de la experiencia. Además, el recuerdo de un pasado diferente pareciera prevenirnos de la eternalización del 'statu quo'. El recuerdo rompe la conciencia unidimensional del tiempo y libera la posibilidad de imaginar un futuro alternativo.

Nuestra desazón y desconcierto deben ser muy profundos, si no -como se pregunta Ch. Moore- ¿cómo comprender que siendo el pasado tan rico en ejemplos satisfactorios, nuestra arquitectura (la que podemos imaginar hoy) haya pasado a ser hostil mientras lo salvaje se ha convertido en la esperanza de nuestro corazón?. ¿Qué nos ha llevado a pensar que la única posibilidad que nos resta para el futuro es que el hombre mantenga sus manos lejos de lo que aún no ha llegado a destruir?. En estos tiempos de continuas transformaciones e inexplicables parálisis, más que preocuparnos por hibernar la herencia del pasado, deberíamos concentrar nuestro esfuerzo en in-

tentar traducciones y reutilizaciones de las buenas memorias, tratando de mantener equilibrio entre la nostalgia, la desesperación y la cándida esperanza.

El mito del mañana

Las propuestas progresistas -de acuerdo a la denominación de F.Choay- se caracterizan por su liberación de la tradición cultural expresada como "una demiurgia liberadora de la razón, puesta al servicio de la eficiencia y la estética" (CHOAY, 37) .Frente a los cambios violentos, la desorientación, el sufrimiento y la crisis política y social que presagian una catástrofe inminente, y -antes de que sea demasiado tarde- proponen una transformación compulsiva que obliga a desechar los sentimientos, ideas y técnicas pasadas de moda, para disponerse a la salvación moral y biológica que tendrá en el arquitecto a un nuevo redentor. Para el Movimiento Moderno y sus continuadores "el mundo construido es la cuna del nuevo orden, y para mecerla apropiadamente el arquitecto debe presentarse a avanzar, libre de prejuicios, como un combatiente de primera línea en la batalla de la humanidad" (ROWE, 95).

Se adivina la teoría del progreso lineal de la Historia, que comenzó a consolidarse en el Siglo XVII, dominando en el Siglo de las Luces, para vulgarizarse en el Siglo XIX gracias al triunfo de las teorías evolucionistas. A partir de Saint Simon, la Edad de Oro no está más detrás, sino que ante nosotros. Esto permite mitigar el dolor y la arbitrariedad de los hechos históricos que se tornan válidos por sí mismos. La utopía pasa a ser un proyecto para el futuro basado en el éxito del desarrollo científico y en la posibilidad de fundar un nuevo e inédito orden social; lógico y po-

sitivo.

La planificación urbana de este siglo se ha fundamentado en la prefiguración de la comunidad deseada, surgida de la proyección de una autoimagen futurista que, por lo tanto, está justificada y garantida. El futuro domina al presente en una concepción de la sociedad y la cultura como entidades de crecimiento biológico no interrumpible, al tiempo que se niega el reconocimiento de que su esencia es ser el producto del ritual y del debate.

Las nuevas ideas que harán del futuro algo diferente al presente, no crecerán de acuerdo a leyes previsibles, sino que surgirán del conflicto y del desconcierto.

La actitud futurista "niega el principio mismo de la Historia, es decir, condena a la sociedad a ser distinta de lo que suponemos fue el pasado. De esta forma un planificador en su mesa puede armarse contra un mundo externo y desconocido. Pero para que este mecanismo surta su efecto, es indispensable una cierta clase de mentalidad milenaria, un miedo instintivo a las fuentes de diversidad humana que forjan la Historia en su verdadero sentido. Cuando esta temerosa defensa prevalece, el futuro aceptable puede únicamente ser imaginado como prolongación del presente, como una forma de vida cuyos rasgos están rígidamente determinados y no contienen sorpresas ocultas". (SENNETT, 31)

Todavía tienen vigencia los supuestos herederos de la experiencia hausmanniana: la conveniencia de tratar los problemas de la ciudad como un todo coherente y la posibilidad de alterar las pautas sociales mediante la transformación física. La planificación es entendida como un proceso de producción industrial, donde la realiza-

ción de un producto se transforma en una rutina pasiva y no en el fruto de una experiencia de exploración activa. Leyes y modelos se aplican sin temor a un transcurrir que es concebido como un espacio previsible. Se busca que nada escape al control. El futuro es limitado a una perspectiva desde el entorno reconocido en el presente. Las premisas proyectiva se convierten en un ardid para eludir las incógnitas propias del mañana. Las necesidades a satisfacer -en lugar de surgir de la experiencia real- están condenadas a ser percibidas como funciones del orden abstracto y total que se presiente para el futuro.

En esta mitología del mañana, el hoy, lo inmediato, lo real -con toda su posible libertad y diversidad- pasa a tener menor importancia que el objetivo final: la creación de una comunidad libre de conflicto. El sentido de vivir en el presente es atropellado por un orden futuro ideal donde los hombres vivirán en una armonía absoluta.

El mito del siempre

Diversas corrientes teóricas han revalorado recientemente, la concepción de la Historia como producto de una periodicidad cíclica. Es la rebelión contra el tiempo histórico y lineal con el afán, aparente, de integrar la experiencia humana en un tiempo cósmico que le dé sentido.

Cuanto más frágil se torna la existencia debido al actuar libre del hombre en el tiempo, no resulta extraño asistir a "una tentativa desesperada para prohibir los acontecimientos de la historia mediante la reintegración de las sociedades humanas en el horizonte artificial -por ser impuesto- de los arquetipos y su repeti-

ción. Una humanidad que para asegurar su supervivencia se obliga a dejar de hacer historia y se conforma con repetir hechos arquetípicos prescriptos, esforzándose por olvidar, como insignificante y peligroso, todo hecho espontáneo que amenace con tener consecuencias históricas". (ELIADE, 141)

En la medida en que nos sentimos más atados y aterrados frente a un devenir del que no podemos participar activamente añoramos la libertad que poseía el hombre primitivo de abolir periódicamente el tiempo, regenerando sus virtudes y anulando sus caídas. La conciencia de participar en la recreación cosmogónica periódica permitiría intentar, repetidamente, nuevas salidas en una vida continua y eterna.

Podemos interpretar a esta actitud como una fobia al cambio y al movimiento; como un rechazo a los riesgos de la situación presente que busca la reintegración a los modos de vida de la naturaleza; como la incapacidad de aceptar las contingencias que lleva en sí, todo acto de creación.

Para Saint Exupéry los ritos son, en el tiempo, lo que las habitaciones y lugares en el espacio. "Es bueno que el tiempo que se escurre no nos parezca que nos usa y se pierde como un puñado de arena. Es bueno que el tiempo sea construcción. Así marchó de aniversario en aniversario, de fiesta en fiesta, como de una a otra sala en el espesor del palacio de mi padre donde todos los pasos tienen un sentido". (SAINT EXUPERY, 29). El entorno, las instituciones, los rituales, ayudarían a transformar nuestras acciones y obras -que se evanescent en el tiempo- en repeticiones predecibles y significativas.

Según el diagnóstico de Norberg-Schulz, la ilustración y

la libertad del mundo post-medieval no resolvieron los problemas del hombre. Generaron, en cambio, pasividad y descontento. Nos hemos convertido en consumidores perpetuamente insatisfechos. El mito y la magia del hombre primitivo llevaban en sí ideas -fuerza buenas y malas, que permitían la actuación sin angustias. El medio-ambiente no era indiferente y se concretaba en símbolos más o menos difusos. Pero en el mundo moderno los edificios se organizan simplemente a partir de su destino funcional, no como homenajes a la historia y la condición humana. Las leyes de máxima utilidad y menor costo desplazaron el rol de la arquitectura de ser vehículo para entender y ordenar una porción de la tierra en dominio humano.

Se añoran los símbolos, mitos y ritos que, a diferentes niveles, eran la expresión de un sistema coherente de afirmaciones sobre la realidad última de las cosas. Se piensa que su disolución "ha destruido las bases de la cultura y conducen a la anarquía". (NORBERG SCHULZ, 3)

Cuanto más complejo es el entorno, mayor es el número de sistemas significantes necesarios -más que para proporcionar conocimientos verdaderos del universo- para constituirse en experiencias guías del comportamiento. Según Muntañola, a través de la Arquitectura, deberíamos redescubrir la estructura lógica de los mitos y del inconciente colectivo con el fin de curar 'al hombre enfermo', alienado de su mundo. "La vida humana es una continua búsqueda de la unidad en la diversidad. El dualismo del hombre primitivo y el mundo fenoménico todavía no ha sido resuelto y la existencia es un desgarramiento continuo entre dos sistemas de referencia: el de los significantes y el de los significados". (MUNTAÑOLA, 181).

La búsqueda de arquetipos anhela legitimar nuestra actuación como arquetipos a través de la participación en una realidad trascendente, fruto de la renovación de acciones primordiales. Añorando las culturas premodernas se esfuerza por creer en la existencia de modelos que, no sólo preceden a la arquitectura terrestre, sino que previenen de una región ideal de la eternidad. (ELIADE,9). Justifican para el artista una acción sobre el pasado independiente de las consideraciones básicas de los historiadores -para los cuales cada período constituye una unidad lógica imposible de descomponer e intercambiar en forma arbitraria-. De allí los "tipos"arquitectónicos que, por ejemplo en Rossi o en Krier se convierten en entidades ideales y eternas, independientes de los contenidos funcionales -efímeros- y de las interpretaciones simbólicas y significativas limitadas por una existencia histórica. "La ciudad deja de ser un problema para transformarse en una cosa, un objeto reproducible y acabado. Es arrancada de la temporalidad concreta y se convierte en utópica -etimológicamente- es decir de ninguna parte". (CHCAY, 25)

El mito del ayer

Las tendencias culturalistas -nuevamente según la terminología de F.Choay- logran introducir en este mundo desquiciado un clima de seguridad y estímulo. Sin embargo, su valoración inconsiderada del pasado los lleva a considerar al Tiempo, como un espacio recorrible en cualquier dirección. "Sus promotores, atados a la historia, mal conocen la originalidad del presente y la especificidad de sus problemas de circulación. En definitiva son nostálgicos". (CHOAY, 45)

La ciudad preindustrial de los culturalistas, la de princi-

pios de siglo de Jane Jacobs, la iluminista de Krier, para citar algunas, se convierten en paraísos pretéritos e idílicos, considerados como modelos de convivencia urbana que permitían y -aquí está el peligro- permitirán el desarrollo del individuo y de la cultura. Esos modelos urbanos se convierten en matrices de tipologías o de formas aisladas, cuya reproducción en el presente garantizaría, per se, la plenitud de la existencia.

Otra de las facetas es el apremio por reforzar la idea de identidad, que puede interpretarse como miedo a la incapacidad de sobrevivir en experiencias sociales nuevas. Se afirma con tanto énfasis la validez de la continuidad, que las incógnitas y elementos nuevos que no encajan en ella corren peligro de ser excluidos automáticamente. El material para el cambio se debilita porque se lo mide en relación a su acoplamiento a pautas pre-existentes. "El miedo envuelto en el proceso de identidad prohíbe a los individuos sentirse seres libres en un proceso histórico. Esta impaciencia por crear una identidad clara actúa para conservar el pasado conocido en presencia de un inquietante presente". (SENNETT, 33). Los dictados más cómodos y fáciles del ayer se transforman en standard final de referencia, de los acontecimientos y sentimientos nuevos que, así, son desmerecidos en su auténtico valor.

La apelación a la experiencia deriva en una apelación al Estado y a la Historia como receptáculos de la evolución social, que reúnen a los que han muerto y a los que vendrán en una continuidad que no esté permitido interrumpir. Esa integración del pasado con el presente sólo es posible eliminando lo imprevisible. Esta resistencia frente a la caducidad del tiempo, pone en un rol secundario

a la individualidad humana cuya espontaneidad creadora constituye la base irreversible de la Historia.

La posibilidad de aceptar el Tiempo

A la fé en el progreso de la mano de la ciencia y la tecnología se le opone, actualmente, el culto a los valores ancestrales donde la Historia y la Antropología son las encargadas de revelar los secretos de las soluciones válidas. Al futurismo paternalista se enfrenta una regresión neurótica que propone la repetición ritual de conductas pasadas huyendo, ambos, de un presente difícil de asumir.

A partir de las filosofías post-hegelianas el hombre se sabe y se quiere creador de la Historia. Pero esta concepción lo lleva, en último término, a la relatividad de todas las concepciones humanas e impide abrigar esperanzas de trascender en el tiempo. En forma paralela, la pérdida de fé en lo mágico, el progreso irrefrenable, las perspectivas amplísimas abiertas por la ciencia, la dificultad de entender a la Historia como un proceso coherente; causan gran tensión a nuestra imagen del tiempo, nos exponen a la alienación y tienden a encerrarnos en un presente sin propósitos. El tiempo es vivido como caducidad y desamparo.

Frente a este cuadro de situación ¿cuántos pueden asumir la desesperación y el pesimismo como virtudes heroicas e instrumentos del conocimiento?. ¿Cómo impedir la añoranza de lo mítico en un tiempo irreversible y constitutivo de la existencia humana?.

Es fácil comprender el terror frente a la Historia, pero la inocencia se ha perdido. Podemos justificar al determinismo histórico y la nostalgia por el tiempo mítico, sin embargo, refugiarnos en

ellos ahora sería negarnos a la vida y su dinámica, cerrar los ojos frente a una realidad inquietante y adelantar la muerte.

¿Cómo aceptar el tiempo, el cambio y la recurrencia, que son los que nos revelan que estamos vivos?. Las cosas idas, la muerte por venir, ser concientes de nuestro presente . . . La buena imagen temporal es vital para la efectividad de nuestras acciones. ¿Es imposible conciliar la memoria y la aceptación del transcurrir?.

Habría que aceptar el sentido de lo irreparable. "Irreparable es la marca de todo lo pasado, y como no hay ningún fin conseguido, ni ningún ciclo cumplido -sino para los historiadores que inventaron esa división- ¿cómo sabés que debes lamentarte de un camino que no ha alcanzado su meta ni la conseguirá jamás?. El sentido de las cosas no reside en las provisiones hechas de una vez que consumen los sedentarios, sino en el calor de la transformación la marcha y el deseo". (SAINT EXUPERY, 194)

Por otra parte, prepararse para el futuro no es perderse en utopías o en los recovecos de los sueños en busca de imágenes lejanas. "La única invención verdadera es descifrar el presente bajo sus aspectos incoherentes y lenguajes contradictorios. Es crear un deseo para hoy, y no una realidad de actos que no tienen sentido sino para mañana". (SAINT EXUPERY, 332)

Para poder tolerar la ambigüedad y la incertidumbre es necesario encontrar modos que atenden el miedo a lo desconocido y nos permita aprender a amar el "ser de otra forma" de lo que nos rodea. Modos de aceptar la ruptura de las rutinas y la renovación de estructuras ya obsoletas, reconociendo la responsabilidad histórica e im-

previsible que nos atañe, en lugar de insistir en la construcción de un mundo soñado, de armonía y orden predeterminados.

Existe consenso respecto a que uno de estos modos es la reconquista de un entorno simbólico, significativo, apropiable. Esta demanda no es un invento de arquitectos pretenciosos. Surgió como una reacción frente a la desnutrición psíquica a la que nos obliga un paisaje urbano abierto y alienante en su vaciedad. Según J.Muntañola, nuestro deber es confortar al 'hombre enfermo' para que pueda aceptar la incertidumbre del presente. Darle un marco de seguridad y pertenencia que le permita apoyarse en sus posibilidades, reconocerlas como propias. Desalienarlo de un mundo abierto y ajeno para que pueda habitarlo y desarrollar su vida en plenitud.

Si recurrimos a los filósofos que han profundizado en el rol del espacio y el tiempo en la existencia humana comprendemos que 'el lugar' (cuya conformación es el objeto de la Arquitectura) es una orientación para actuar; una noción y una modulación de nuestra relación con los otros en el corazón del medioambiente. Los intervalos, distancias y relaciones especiales entre las personas y las cosas, constituyen una clave para compararlas y comprenderlas.

La concepción del "ser ahí" de Heidegger no es una imagen neutral. Significa que el hombre ha sido introducido en un medio extraño, hostil, inquietante; aún en contra de su voluntad. Se refiere al 'hombre histórico', de más, desarraigado. Pero ser hombre significa poder habitar: transformar ese estado de abandono -sur-gido de una evolución quizás inevitable, pero siempre dolorosa- en un estar enraizado en un punto del espacio. La estructura del habitar es el gradual descubrimiento de un lugar en el tiempo, hacien-

do cada vez más asequiable el espacio de actuación, dirigiendo y encontrando en él sentidos privilegiados. Habitar es personalizar el espacio, darle significado, transformarlo en territorio. Nuestra salud residiría en el equilibrio entre un espacio externo donde se actúa, y uno propio donde, aunque seamos conscientes de su vulnerabilidad, no cesamos en nuestro empeño de crear el orden de la vida.

Según F.Bollnow, el desarrollo metafísico de la espacialidad humana puede entenderse como un pasaje de varias etapas.

1) La confianza ingenua en el espacio. 2) El estado de apátrida en un mundo hostil. 3) La reconstrucción del refugio, desplazando el espacio amenazador del centro a la periferia, que, en realidad constituye una limitación y un retraimiento voluntario, acompañado por una servidumbre a proyecciones uniformes e indoloras. 4) La superación de esta radicación tenaz en ese punto fijo creado artificialmente para recuperar el amparo en un espacio más vasto y general. En esta etapa se renovarían la curiosidad por el mundo inmediato, junto al "valor de atisbar en lugares desconocidos y experimentar situaciones hasta ahora inéditas. De este proceso puede surgir una especie de preocupación humana y comprensiva, centrada en la cualidad de ser de otra forma en el mundo". (SENNETT, 130). "Tan sólo mediante la disolución del encadenamiento a la morada puede el habitar contraído en libertad, ser la tarea decisiva para la realización humana". (BOLLNOW, 265)

Esta realización del "ser en el mundo" se presenta como fruto de un esfuerzo: desde el enfrentar un entorno amenazador instalándose en un sitio fijo y protector, hasta la superación de esa reclusión temerosa al ser capaces de incluir la vida inquietante

del afuera y soportar la tensión entre ambos mundos. Nuestro aporte, como constructores de lugares, estaría en facilitar sitios capaces de ofrecer la confortante seguridad del hogar para que, desde allí, sea posible desplazar las fronteras de seguridad hacia un espacio del encuentro y del movimiento.

El rol de la memoria

Parece claro que el espacio y el tiempo, mutuamente relacionados, son la gran estructura donde ordenamos nuestra experiencia. La imagen del entorno es la base a la que adherimos significados constituyendo una guía para nuestro movimiento. Por otra parte, el desarrollo de la identidad social e individual es un proceso lento que necesita de un marco de estabilidad. Hay serias razones para suponer que la alienación, tan común hoy, se debe en alto grado a las escasas posibilidades de orientación e identificación que ofrece la ciudad moderna. Las dificultades de orientación causan inseguridad y miedo. Según Piaget, un mundo móvil ata al hombre a un estado egocéntrico de su desarrollo, mientras que un mundo estable y estructurado, libera sus posibilidades mentales. "Me alarma la idea de una generación instalada como una intrusa en la caparazón de otra. Necesito vivir en mi hogar, no en un campamento que viene de ninguna parte". (SAINT EXUPERY, 433)

Es necesario cierta estabilidad y continuidad, pero asociadas a la capacidad de recibir nuevos estímulos de modo natural. Lo que no puede ser cambiado sólo invita a su propia destrucción. De allí que el mejor entorno para el crecimiento sea el que combina estímulos nuevos junto a seguridades familiares, la posibilidad de explorar junto a la de volver.

La esperanza y la nostalgia van juntas. Lo deseable, entonces, es un mundo que cambie en forma progresiva contra un marco de remanentes valiosos donde sea posible dejar la marca personal a lo largo de las marcas históricas. La clave reside en saber distinguir entre continuidad y rutina, y entre estabilidad y muerte.

Respecto a nuestra vivencia del Tiempo, según San Agustín "vivimos sólo en el presente y en ningún otro momento, un presente de cosas presentes, un presente de cosas pasadas y un presente de cosas futuras". Pasado y futuro son imágenes recreadas continuamente por nuestra memoria. A través del manejo de la temporalidad, la memoria es una de las claves de nuestro ser; es la base de nuestra identidad. ¿Qué somos sino una organización de sucesos temporales reconstruidos en el inmediato presente a través de la memoria?. El pasado -¿elegido?- permanece presente a través de la memoria. Lo que ha sido decide sobre lo que es. La libertad implica, reconciliarse con él y construir con él el mañana.

Pero la memoria no es sólo constructora de la identidad. Lo es también del progreso y la transformación. Karl Popper atribuye a la tradición el carácter de prototeoría y enfoca al progreso social como la consecuencia de una crítica continua a la historia. Las tradiciones tendrían el doble valor de crear un cierto orden a la estructura social y de servir como una explicación del mundo sobre la que es posible actuar cuestionando y cambiando. El recuerdo crítico de lo que pudo ser se transforma, así, en la fuerza que da forma al futuro.

La creencia en un fluir unidimensional del tiempo sirve para preservar las tendencias que dominan el presente. La memoria

debe ser algo más que la indiscriminada preservación de todo lo acontecido. Para ser realmente un vehículo de transformación, debe develar las verdaderas experiencias pasadas, sin aferrarse a la imaginería de un tiempo perdido. Es necesario realizar, a través de la Historia, un movimiento constructivo y destructivo; que destaque una época previa del continuo temporal descomponiéndola en todas sus contradicciones, para luego transformarla en un factor activo para el diseño del presente.

Las propuestas de ciudad.

Abundan las visiones apocalípticas sobre la ciudad. Se la acusa de hábitat antinatural, fuente de stress, ruidosa, contaminada, superpoblada. Se la hace responsable de la decadencia de los grupos primarios de afinidad y del aislamiento de los individuos. Sentencias como las de Rousseau "ciudad, tumba de la raza, devoradora de hombres", han vuelto sobre el tapete junto a las miradas nostálgicas hacia pasados remotos en busca de claves para su redención.

Generalmente las investigaciones sobre la apatía y la elevada densidad urbana son predominantemente reaccionarias. Por ejemplo en el período de "Sociología Urbana" de R.Ledrut se lee: "a diferencia del período feudal en que los centros urbanos eran el hogar de las libertades civiles y políticas, los grandes núcleos del S.XX han empobrecido las relaciones humanas, fomentando la asociabilidad y la delincuencia, desarraigando emocionalmente al hombre y rompiendo el equilibrio necesario entre intimidad y solidaridad".

Se aboga por un retorno a asentamientos menos urbanizados o a entornos más pequeños, para menos actividades. En el modo en que

se configuran los resultados de estas investigaciones, no hay indicadores de cómo se podría favorecer procesos urbanos hasta adoptar formas nuevas y susceptibles de adaptación a las condiciones actuales.

Junto a la búsqueda de la reconstrucción de la comunidad y de la solidaridad, se pretende imponer la vuelta a la tribu con el consecuente empobrecimiento de los aspectos sociales de la existencia. Pareciera que se prefiere ignorar los problemas de organización a gran escala en lugar de enfrentarlos. Optando por la comunidad cerrada, homogénea, envuelta en ropas tradicionales, se admite tácitamente, la impotencia para enfrentar los problemas y proponer el cambio.

Una vez reconocida la importancia de la memoria como integrante de nuestra existencia en el entorno (tan frecuentemente negada en este siglo), se la traduce como nostalgia y se la pierde nuevamente convirtiéndola en una negación de la experiencia, en lugar de servir como base para su transformación.

Se ha comprendido a la construcción del lugar como un modo de rescatarnos del mundo extraño y sin sentido, como la posibilidad de definir una morada donde las sobreestimulaciones y las tensiones disminuyan. Pero entender al lugar como reclusión puede ser peligroso y falaz. La ciudad debe incluir, también, la posibilidad de extender la morada al espacio circundante, de contener y aceptar mundos diferentes y, sobre todo, al cambio. Los cambios -que cuando son continuos pueden tener un efecto negativo en el desenvolvimiento de los individuos y de los patrones sociales- son un estímulo para el crecimiento cuando, con confianza basada en una esta-

bilidad previa, se está dispuesto a expandir el horizonte.

Al respecto, el diagnóstico de Sennett en "Vida urbana e identidad personal", es uno de los más lúcidos. Si se considera a la comunidad como un grupo social particular donde los hombres perciben la identidad común y encuentran placer en reconocerse como un 'nosotros'; en algunos casos, se descubre que esa cohesión emocional y adhesión a los mismos valores, puede ser una construcción artificial que poco tiene que ver con las verdaderas experiencias sociales que realizan juntos. Esto llega a ser particularmente claro en los suburbios de la ciudad opulenta.

En períodos de cambio y desplazamiento social, la necesidad de definir un 'nosotros' se convierte en un baluarte contra el desorden. El mito de la solidaridad permite ser cobardes y engañarse mutuamente. Es una purificación ritual mediante la cual algunos grupos, conforman un retrato coherente de lo que son, aglutinando una colección definida de deseos y antipatías y eliminando todo lo que pueda transmitir un sentimiento de diferenciación y conflicto. Algo así como la búsqueda de su propia esclavitud y autorrepresión. (SENNETT, 57)

Tan poca tolerancia al desorden hace que, ante cualquier tensión social, no sólo se justifique la violencia, sino que llegue a ser considerada como necesaria para garantizar la seguridad de sus vidas. Estos grupos estructuran sus vínculos sociales en función de sus semejanzas, y no de la mutua necesidad de compartir. Valoran negativamente a lo cambiante e inseguro, a pesar de que constituyen la riqueza de la vida social.

Atendiendo a otra vertiente de pensamiento, es indudable

que el urbanismo 'moderno', sólo pudo producir una ciudad monótona y estéril, mediante la reducción del medioambiente a sus componentes físicas y biológicas, la estética excluyente de lo universal y abstracto y la aplicación de la noción de espacio infinito y homogéneo. Los planificadores que continuaron con la línea progresista, son acusados de actuar desde un mundo de planos que ofrece una visión extendida y privilegiada, "viviendo en el futuro y viendo a la ciudad como un todo coherente que se esfuerza por nacer y es constantemente amenazada por el accionar caótico de sus habitantes". (LYNCH, 19)

Lo cierto es que, a través de las transformaciones urbanas de este siglo, las cualidades que distinguían a los asentamientos humanos parecen corrompidas. La posibilidad de que el hecho urbano pueda ser imaginado por un grupo de especialistas (que en su esfuerzo analítico lo consideraran como una máquina), sólo pudo traer simplificación y empobrecimiento a un orden social de piezas consideradas en función de una forma coherente y controlable.

Las estructuras remanentes de la ciudad tradicional: las calles, las plazas, las esquinas; pertenecen a un sistema arqueológico cuyo significado se ha empobrecido en el contexto actual. Pero, como se pregunta F.Choay. ¿se ha reemplazado esa lengua muerta de la tradición por una lengua viva?. Indudablemente, no. Y al aferrarnos a antiguas glorias de convivencia comunitaria, ¿no estaremos poniendo freno a la propuesta de renovadas palabras?.

El tiempo y la memoria como instrumentos de la calidad del medioambiente

La antropología ha definido a los lugares urbanos no como

simples receptáculos de actividades, sino como la formalización de los valores, símbolos y modos de vida de una cultura. Las personas devienen en grupos sociales al compartir memorias que son usadas para construir su identidad, orientar su acción y configurar su entorno físico.

La ciencia y la técnica parecían habernos liberado de la dependencia directa de los lugares. Reyner Banhan y "Un hogar no es una casa", son la mejor expresión de este pensamiento. Pero la amenaza de la polución y el caos, la persistente vitalidad del 'cottage' como imagen ideal de hogar entre los grupos más próximos a la alta tecnología; parecen probar que era sólo una ilusión inocente y, sobre todo aburrida.

Para reconquistar la ligazón tan añorada, fundamental y primitiva, de la pertenencia recíproca entre el hombre y la ciudad, es indispensable fortalecer sus relaciones vitales. Ya es sabido que para el desarrollo armonioso de la personalidad en la ciudad, más que la higiene física, es imprescindible un clima existencial que permita sentimientos de seguridad y libertad y un entorno significativo que allane los procesos cognocitivos y de apropiación.

Sin embargo, las teorías derivadas de la psicología de la percepción que alientan la legibilidad del ambiente urbano, corren el peligro de convertirlo en un medio tan predecible y programado, aún es sus 'accidentes' calculados, que terminen trocando alienación por apatía. No hay que olvidar que la higiene mental, como hace algunos años la higiene biológica, no puede ser el único factor a tener en cuenta. La vida y la historia están hechas de traumas y tensiones salvadas; la creatividad es producto de la po-

sibilidad de afrontar situaciones nuevas.

¿Cómo actuar a partir de todos estos reconocimientos?

Habíamos acordado que para la acción y el bienestar era indispensable una buena imagen del tiempo, -conectando al pasado y el futuro a una fuerte noción del presente-, capaz de percibir y gozar con el cambio. Esta idea debería trasladarse a la estructura del entorno.

Ante la decadencia de los dioses de la ciencia, ya agnóstica, y de la técnica, amenazante en suposible autonomía; no basta con volvernos en busca de dioses extraños. No basta revolver en una tradición que ya pudo haber perdido consenso o solazarse acríticamente con las culturas arcaicas. No basta proponer un tiempo estancado donde la renovación de ciertos rituales nos permita revivir conquistas y plenitudes ancestrales para olvidar el presente. Fortalecer imágenes pseudo-míticas -ya que carecen de una unidad y dinámica propias- puede resultar falso y esquizoide. Si nuestras imágenes urbanas no incluyen signos de vida y actividades presentes, si no suponen cambios, se convierten en quietistas y conservadoras. Si se ve al presente bajo el ángulo del pasado, "la personalidad urbana se manifiesta a través de lugares establecidos y se concede primacía a los órdenes, formas y signos instituidos". (IEDRUT, a, 45)

Creer es poder aceptar al pasado como totalidad y punto de partida para el cambio. Ni negarlo, borrándolo, ni regresar encastillándonos en él. Valorizamos al pasado como patrimonio, como sede donde el presente se alimenta y prolonga sus raíces; pero reconociendo la irreductible originalidad y especificidad de lo contemporáneo. El hoy es un desarrollo y transformación del pasado, no

su repetición. En lugar de un tiempo especializado y abstracto, propongamos una temporalidad concreta y creadora a través de la acción urbana. La conservación de los remanentes del pasado deberían concebirse como un estímulo a la memoria que permita sumergirnos en la historia vital de la comunidad. Una dimensión ni pasada ni conquistada, sino incorporada a los caracteres actuales de la ciudad para que, frente a las nuevas necesidades, ayude a proponer líneas alternativas para el futuro.

Por qué y cómo resguardar lo construido

Siempre han existido motivos políticos, estéticos o educativos para la preservación del entorno, aunque muchas veces las causas disten de estar explícitas. En la actualidad podemos identificar algunas.

- 1) El fortalecimiento de la identidad nacional, reforzando imágenes comunes que permitan consolidar el grupo social y su actuar solidario. Es la más usada por el Poder, que a su vez, selecciona los remanentes más adecuados a sus objetivos.
- 2) El entusiasmo erudito o estético, derivado del amor por las ruinas del romanticismo, que usa lo preservado como criterio de calidad arquitectónica.
- 3) El interés científico o arqueológico. Lo más antiguo y lo único, es el criterio para elegir los objetos; aunque muchas veces se los destruya o despiece durante el mismo proceso de investigación.
- 4) La promoción turística que ha pasado a ser uno de los pilares de la restauración, y tal vez la única redituable económicamente. Acá lo importante es ofrecer un objeto atractivo, no importa si para ello deba falseárselo un poco.

5) Los criterios ecologistas que defienden la conservación de los hechos por el valor y el esfuerzo invertido, por las dificultades en reemplazarlo totalmente, por su menor costo o por la imposibilidad de suplirlo debido a las técnicas o a los materiales empleados. Aquí el edificio es un hecho concreto, valorado por su materialidad.

6) También se ha descubierto la variedad, riqueza y atractivo que pueden tener los edificios antiguos como aporte al diseño de la ciudad. El contraste o la continuidad con respecto a ellos, ha pasado a ser punto de partida e inspiración para nuevos diseños.

Las actitudes frente a la pátina del tiempo pueden ser múltiples y contradictorias. ¿Mantenerla, imitarla o quitarla? La reconstrucción total da el placer de vencer el transcurrir, pero no siempre es fácil reproducir las circunstancias del nacimiento. Ya William Morris criticaba esta actitud como falsa, porque por más que nos esforcemos en reproducir dosajes y técnicas, ya nada es igual, ni el proceso de producción, ni la relación con lo creado no se puede ir a contrapelo de la Historia amparados sólo en la estrictéz. Se puede reproducir sólo la forma -si lo importante es el poder evocador de la imagen- o conservar la cáscara mientras el interior se adecua a los nuevos usos. En este caso se considera al exterior como público, histórico, regulable; mientras los interiores son privados, fluidos y libres: las fachadas de R. Venturi. Pero tras esta dicotomía se corre el riesgo de perder la justificación histórica y, por temor a transformar a la ciudad en un museo, se la convierte en un despliegue escenográfico sin espesor.

El problema es cómo tener en cuenta criterios más vitales,

directamente relacionados con la memoria y la esperanza de los usuarios. ¿Cómo hacer del entorno un medio para hacer visible el devenir, intensificando y diversificando el sentido del tiempo?. Justificación del presente, permanencia, fortalecimiento de la idea del cambio, reserva de habilidades y soluciones para un futuro incierto, didáctica de la historia: todas son razones plausibles que requieren una instrumentación adecuada.

Más que salvar edificios o lugares, debemos usarlos para algo. Hagamos de la yuxtaposición un medio para evidenciar que presente, pasado y futuro, son momentáneamente y misteriosamente coexistentes. Usemos el entorno como un instrumento nemotécnico que apunte la memoria colectiva, pero sin restringirlo a lo consagrado, sino incluyendo los momentos críticos y al pasado cercano donde las conexiones personales son más fuertes. Reconozcamos que lo construido puede ser útil por sus virtudes actuales y corrientes, y no por alguna esencia mítica del tiempo ido. No nos preocupemos por la perfecta armonía con el paisaje urbano, sino que busquemos que los remanentes aumenten la significación y la complejidad del escenario presente. Ante la necesidad de elegir, prefiramos los elementos fuertemente simbólicos, basándonos en lo que los usuarios quieren recordar, o pueden conectar con ellos mismos. Recordemos que el vano respeto al pasado paraliza la vida que es transformación. No nos dejemos maniatar por la nostalgia. Frente a un pasado que consideramos válido, identifiquemos sus valores para mantenerlos y superarlos en nuevas propuestas.

Postulemos un desarrollo urbano que respete la identidad de la ciudad, con fragmentos pasados que aumenten la profundidad

temporal, consoliden el contexto y marquen la historia del lugar entretendiéndose con los nuevos diseños como otro de los condicionantes del sitio. No hagamos de la continuidad una demora en la copia de viejos modelos, sino una interpretación de su carácter en formas nuevas. No hagamos del diseño un juego arbitrario, sino una participación creativa en la memoria urbana que concrete los significados básicos en nuevas circunstancias históricas.

La escala de intervención

No olvidemos que nuestro objeto es el hombre y su medio. Lo que permite que los grupos de personas se conviertan en comunidades, es el compartir memorias -entre otras dimensiones a través del medio físico- para construir su identidad y orientar su acción futura. La adopción de cursos de acción para la reconstrucción del entorno, sólo adquiere validez cuando sus propios habitantes contribuyen a la modificación del habitat, a partir de un sentimiento de pertenencia y de la capacidad efectiva de actuar.

De allí que se proponga que las medidas tendientes a la conservación de la memoria urbana no se restrinja a la manipulación de edificios, ni aún de entornos o ambientes valorados. No podemos pensar en el medio físico de la comunidad como una sumatoria de edificios o sitios. Salvo el restringido número de "monumentos" de existencia independiente, la ciudad en sí es un sistema sumamente interrelacionado del que no podemos aislar trozos que -como las piezas de un rompecabezas- pierda toda legibilidad y propósito, desprendida de su contexto.

No es necesario abundar sobre la complejidad casi inmanejable de las grandes ciudades actuales. Para actuar en ellas se hace

necesario individualizar sectores que puedan contener propuestas con cierto margen de indeterminación en espera de políticas más precisas a nivel global.

También se habló de la anomia e indiferencia a las que conduce la magnitud de nuestras urbes. De allí que debamos elegir una escala de aplicación donde la participación y comunicación comunitaria sean posibles.

La escala de intervención propuesta es el barrio. Se parte de la hipótesis que a esa escala, todavía es posible distinguir los ideales, preferencias e interpretaciones de la realidad de un grupo social, bajo un marco físico que guarda cierta coherencia interna debido a una historia común y a cierta autonomía de funcionamiento. Además, con políticas municipales factibles, es probable que sus habitantes reencuentren el modo de participar en forma activa en la construcción de su medioambiente.

De ahí la importancia de que la propuesta esté incluida dentro de otra a nivel social e institucional. Debería ser la autogestión de los actuales habitantes la que opere y decida sobre un plan concreto de acción urbana. Un plan que ponga en relieve los objetos, lugares y edificios que guardan memorias ricas y capaces de potenciar un proyecto común que haga realidad -más allá de las meras connotaciones de prestigio- el modo de vida pretendido por lo que eligen ciertos subsistemas de la ciudad como 'su lugar'.

De todos modos, la legitimidad de la escala de intervención propuesta y la definición del rol que debe otorgársele en la estructura urbana es fruto de una discusión teórica en otro trabajo. En él se valoran algunas teorías para superar la alienación del hom-

bre en su medio que tienen incidencia concreta en el diseño urbano y más específicamente, en el fortalecimiento o no de subsistemas urbanos caracterizados.

La anarquía propuesta puede entenderse como un temor a decidir. Prefiero interpretarla como el atrevimiento a tomar distancia de las felices certidumbres, "aceptando el reconocimiento más trágico de la deslumbrante y apenas remediable multiplicidad de las experiencias". (ROWE, 134)

Busco una ciudad abierta, crítica y receptiva a los estímulos más dispares. Que no rechace ni la utopía, ni la tradición. Que ayude a no inquietarse por la urgente fe en cualquier principio omnivalente. Que ofrezca calmar la angustia frente a la Historia pero que no impida reconocer que nuestro tiempo de actuar es el presente, conscientes de nuestra libertad y responsabilidad para el futuro.

BIBLIOGRAFIA

Bachelard, Gaston: LA POETICA DEL ESPACIO - Brevario del Fondo de Cultura Económica 1975.

Bollnow, Friedrich: HOMBRE Y ESPACIO - Bib. Universal Labor 1969.

Choay, Françoise: URBANISME, UTOPIES ET REALITES - Ed. Du Seuil 1975.

Eliade, Mircea: EL MITO DEL ETERNO RETORNO - Alianza Emecé 1982.

Gideon, Sigfried: CONSTANCY, CHANGE AND ARCHITECTURE - Harvard University Press 1961.

Hall, Edward: LA DIMENSION OCULTA - Inst. de Estudios de la Administración Local 1973.

Krier, Rob: EL ESPACIO URBANO - G.Gilli 1981.

Ledrut, Raymond: a) "La imagen de la ciudad" en LA SIGNIFICACION DEL ENTORNO - Col. Oficial de Arq. de Cataluña y Baleares 1972.

b) EL ESPACIO SOCIAL DE LA CIUDAD - Amorrortu 1974.

c) SOCIOLOGIA URBANA - C. Nuevo Urbanismo, Madrid 1976.

Llorens, Tomás de: Prólogo a VIDA URBANA E IDENTIDAD PERSONAL de Richard Sennett - Península 1975.

Moore, Ch. - Bloomer, K.: BODY, MEMORY AND ARCHITECTURE - Yale Univ. Press 1977.

Muntañola, Josep:a) TOPOGENESIS UNO-ENSAYO SOBRE EL CUERPO Y
LA ARQUITECTURA - Oikos Tau 1979.

b) TOPOGENESIS DOS - ENSAYO SOBRE LA NATURA-
LEZA SOCIAL DEL LUGAR - Oikos Tau 1979.

Norberg Schulz, Christian:GENIUS LOCI - Academy Editions 1980.

Rapoport, Amos:ASPECTOS HUMANOS DE LA FORMA URBANA - G.Gilli
1974.

Rowe - Kocler:CIUDAD COLLAGE - G.Gilli 1981.

Saint Exupery, Antoine:CITADELLE - Gallimard 1949.

Sennett, Richard:VIDA URBANA E IDENTIDAD PERSONAL - Península
1975.

Stringer, Peter - Canter, Davis:INTERACCION AMBIENTAL - Inst.
de Estudios de Administración
Local 1978.